

CINCO POEMAS. *Washington Benavides*

LOS TRABAJOS DE KATSUSHIKA HOKUSAI

No había pintado aún su
acechaba en sus frascos
que daría
móvil ladera de ola
en una planta fantasmal y blanca
aéreas e instantáneas
que planean
a la madre profunda
(en levísima variante
plumas)
este resumen
de su vida:
“Desde los seis
de dibujar las cosas

“Ola rompiendo frente a Kanagawa”
el hondo azul de Prusia
profundidad de arterias
a sus trazos
la que estalla arriba
en raíces
en bandos de avecillas
pajaritas de agua
y que regresan
Entonces Hokusai escribió
dejó a un lado tintas planchas
de su vida:
conservo la manía

(la forma de las cosas)
a los 50
 tenía publicados infinitos dibujos
aunque sé muy bien que antes de los 70
lo hecho nada vale
 (una burbuja vale)
a los 73 aprendí algo
sobre la verdadera estructura de los seres:
cuadrúpedos o peces
 plantas árboles
pájaros e insectos
 En consecuencia
a los 80 aumentaré el progreso
 Y a los 90
Penetraré el misterio de las cosas
Y cuando llegue
 (porque llegaré) a los 110 años
todo lo que haga
 ya sea un punto o una línea
será la vida
Pido
 a quien me sobreviva
 que compruebe
si cumplo mi palabra”
A los 89 se murió renegando
 “sólo un poquito
sólo un poquito más y seré
 de veras un pintor”.

SOBRE LEJANÍAS EN EL CAMPO

Junto al pezón del Batoví
entre las altas hierbas
donde la martineta silba profunda
tú y tu hermana iban
dos margaritas rojas entre la
extenuación del mediodía
y los campos plumosos de gramilla
de abril

tú y tu hermana iban
gozosas fatigadas de ascender y ascender
por un hilo de cabras
aferrándose a la piedra gris y oportuna
no mirando hacia atrás —que es cosa fiera—
ascendiendo en el aire

escrito por

azules avispones
ascendiendo en el tiempo hacia el pezón
oscuro piedra viva corral de muertos
teta del Batoví
yo por el valle iba

la escopeta en la mano

insolado

pavlovianamente disparando
al rumoroso vuelo de la perdiz

a veces

las miraba ascender

hormiguitas lejanas
en la textura de boniato del cerro
alto en su señorío
yo lejos
y quebrado físicamente
erraba
por el campo
ustedes ascendían
en su propia casa
en el aire superior como si entraran

Tomados de *Hokusai*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1975.

Marcela o boldo
el aire es como un té que se respira.
De la colina abajo entre las grandes piedras
grises de líquen argentado
 relampaguean lagartijas.
No pienso en lo que soy
en el preciso instante que dejo de serlo.
Solamente respiro.
La vista sobrevuela kilómetros de campos,
recortes de maíz, cañadas
donde el mimbre rojea, el sauce agrisa,
llanos de arroz, laderas amarillas
que trepan en azules marañas de cardales
y sierras que duplican serranías.
La vista casi no puede volver de tan lejos
que ha ido.
Como a un polvo imprevisto arden los ojos
y como el sol se ha vuelto el manso sol
de las 20
podemos asistir a su naufragio
aunque la imagen parezca ridícula en tanta tierra.
Carqueja o cola de lagarto
el aire es como un té que se respira.
Aunque las quemazones de rastrojos
o de los basurales
ponen olor de muerte y de miseria
en la liquidación del verano.

EL AMANTE OBSTINADO

A Velimir Jlébnikov, ideólogo
del futurismo ruso, y su “zaumi
iazik”: lenguaje meta-lógico

1

la garúa esplende
pero el amante no puede esperar
más tiempo bajo los faroles de neón
cuidándose hasta del gato negro que
cruza la acera cuidándose del tendero
que teme una rapiña y de la solterona
que teme a Dios

la garúa esplende
como un arcohaleno de feria
crecida

en llovizna o moja-bobos
pone un aire publicitario en
el ambiente que no desgarran sirenas
ni frenadas de automóviles ni gallos
es un barrio residencial con sus cercos
de ligustros y paseos lustrosos de los
doberman que agreden
a toda cosa viva que ose
pasar el portón de maderas blancas
la llovizna crecida asperja

los canteros las bocas de tormenta hipan
como borrachos en la mala noche
y la luz de faroles anti-robos
y los focos naranjas contra-insectos
teclean ágilmente sobre el agua negra
que corre en canaletas y hace brillar
los lomos de ballenas de los remiendos
del asfalto en la cuesta de la calle
la garúa no esplende la llovizna no amaina
los recios goterones doblan la gorra
y calan el pescuezo las clavículas
el pecho tibio del amante obstinado
 el amante obstinado

piensa en las largas piernas que se abren
y cierran en un arcobaleno en la garúa
las largas piernas de la muchacha que no
los senos como puños de niño que ya no
el pubis apenas sembrado oscura yerba
que ya no

2

el amante obstinado junto al cerco de ligustros
ve pasar las flores de espumilla en la corriente
ve pasar y repasar la luz anaranjada de los
focos la desvaída de los portales alejados
piensa en las largas y los apretados
y el apenas sembrado y se conturba
cuesta tragar y respirar apoya la frente
sobre el ligustro húmedo y mira entre la mata
pasar sigilosos los perros asesinos que ni se cuidan
de ese bulto estúpido

la garúa no esplende ni la llovizna nada
y la lluvia que estuvo decidida a enmendarle
la plana a Dios y borrar todas las huellas
de este mundo

cesó

gotean los plátanos y las cañerías susurran
canciones infantiles con ratas y milagros
suman su voz también las alcantarillas
de modulaciones tirolesas

y un sapo croa

un sapo o una rana del mato de jazmines
de lluvia porque un grillo

imposible

el amante se sacude el agua de la gorra
y con el agua arroja su obstinación
que era lo único hermoso que le quedaba
porque las largas piernas los senos
detallados el pubis

púber

no serán nunca suyos ni esta noche
ni ninguna otra noche ni el día
de mañana que siempre es tan convidador
a renovar esperanzas ni ningún otro día
porque esa pasión (no la suya que acaso
sobreviva) sino la pasión de la joven
también se la llevó la corriente oscura
de la lluvia que vocaliza —todavía— en las alcantarillas

óes-úes

tirolesas.

ÁRBOL EN LA NIEBLA

Ese pobre árbol en la niebla.
Con algo de monje albigense ante un feroz
concilio vaticano.
Ese pobre pino o abeto (no logro
identificarlo bien)
en el dominio de la niebla.
¿Qué roza terrible qué hambriento
fuego volvió cenizas a sus pares
que (los sobrevivientes) se agrupan
temerosos
tras la cañada?
Ese pobre árbol en la niebla.
El resto del mundo (si aún existe)
no se ve por ningún lado.
Ese pobre monje albigense ante el
concilio vaticano
ese pobre abeto
ese pobre pino
desamparado espera la sentencia.
El mundo dominado por la niebla
nada de bueno le anticipa.

Del libro inédito *El mirlo y la misa (1993-1997)*, tomado de *Insomnia*, separata cultural de la revista *Posdata*, N° 92, 8 de octubre de 1999, Montevideo, Uruguay.